

La jornada escolar continua en españa: dinámica y efectos

Mariano Fernández Enguita

Departamento de Sociología
Universidad de Salamanca

Este texto se basa en un informe que fue encomendado al equipo dirigido por el autor por la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid, como parte de las medidas con las que se cerró Foro de Debate sobre la Jornada Escolar. Su propósito era sintetizar el estado de la cuestión y evaluar las experiencias más importantes de difusión de la jornada en España.

Para hacerlo se revisó la literatura internacional al respecto, se reunió y analizó medio millar de documentos diversos sobre la jornada, se examinaron los proyectos y solicitudes de cientos de centros, se entrevistó a medio centenar de informantes privilegiados y protagonistas significativos del proceso (sindicalistas, representantes de los padres, autoridades, expertos...) y se visitó una veintena de colegios, fundamentalmente en Canarias, Andalucía, Toledo y Alcalá de Henares.

Las transformaciones en el entorno

La sociedad actual vive cambios que ponen en cuestión la jornada escolar:

- Las familias son más pequeñas, las comunidades son más anónimas, los adultos trabajan lejos del hogar y con horarios más concentrados; las mujeres, en particular, se incorporan paulatinamente al empleo.
- La educación es más importante, pero la escuela desempeña un papel menor. La ciudad, con su densa oferta, compite con la institución escolar. Esta se muestra incapaz de ofrecer en buenas condiciones lo que ella misma proclama imprescindible: idiomas, informática, deportes, música y artes.
- El grueso de la profesión docente está entrando en una dinámica corporativa en la que sus reivindicaciones se justifican sin motivo como mejoras de la enseñanza o necesidades de los alumnos.

- En ningún otro país de nuestro entorno está la concentración de la jornada sobre el tapete. Lo que se discute hoy es la reorganización y/o la prolongación del calendario (Francia, Reino Unido, EEUU), el paso de jornada continua a partida (Chile, Uruguay, Brasil) y, sobre todo, el paso a horarios internamente flexibles en cualquier tipo de jornada.

Los procesos de cambio de jornada

Los procesos masivos de paso a la jornada continua en España han sido, casi siempre, muy traumáticos, enfrentando a los padres con los profesores; a los padres entre sí o con sus asociaciones y a éstas con sus federaciones; también, aunque en menor medida, a los profesores entre sí; y, a menudo, a todos con la Administración.

Estos enfrentamientos han dañado de modo duradero las relaciones dentro de las comunidades escolares, han escindido en algunos casos al movimiento de padres y han favorecido en malestar y el enclaustramiento del profesorado.

Paradójicamente, cuanto mayores han sido los requisitos y garantías exigidos en el proceso de decisión, mayor ha sido la tensión generada, ya que unos pocos votos podían volcar la balanza. Al mismo tiempo, los procesos se han convertido en absurdamente totalitarios, pues la mitad más uno de los padres bastaba para imponerse al resto o, en sentido contrario, una minoría podía vetar las decisiones de la mayoría.

También el imperio de la ley y el principio de autoridad se han visto afectados, llegándose al absurdo de que las leyes todavía proclamen la jornada partida como mejor opción y la continua como excepcional y experimental donde ya se ha extendido a la práctica totalidad de los centros. En este campo, las autoridades educativas se han visto, la mayoría de las veces, desbordadas, actuando a remolque de los acontecimientos.

Los efectos de la concentración horaria

La evidencia disponible sobre rendimiento, fatiga, atención, etc. en el aula, si bien es poca en general y prácticamente inexistente en nuestro país, es contraria a la concentración horaria.

Las pruebas de atención y percepción que en el marco de este estudio se han realizado, pioneras en España, son puramente tentativas y no inclinan la balanza hacia ninguna de las opciones a debate. Si acaso, señalan que no existe un derrumbe

vespertino (ni lo contrario) y que el recreo de la mañana es de dudosa eficacia para los alumnos mayores.

Sobre rendimiento, lamentablemente, podemos decir poco. Los datos de la Inspección educativa muestran ligeras subidas en unos sitios y ligeras bajadas en otros, pero no hay elementos suficientes para relacionarlo con la jornada. Por otro lado, no hay que olvidar que el evaluador habitual del rendimiento es el profesorado, la parte más satisfecha con el cambio, de modo que bien pudiera haber un efecto experimentación. Las dos comunidades que han implantado total o mayoritariamente la jornada matinal se descolgaron de las evaluaciones de rendimiento del INCE, con lo cual nos hemos visto privados de la única oportunidad de una comparación sistemática. La jornada continuada, ciertamente, se extiende ante todo en las regiones de menor nivel educativo, pero esto podría tener menos de causa que de efecto; en todo caso, se reivindica por doquier.

Las actividades extraescolares han arrancado a veces con fuerza en el primer año de implantación, pero luego han entrado mayoritariamente en decadencia, aunque hay centros con una oferta notable. Las familias con mayor capacidad adquisitiva acuden en mayor medida a la oferta externa, y, las de menor, a la interna o a ninguna de las dos. La vida interna de los centros no ha mejorado. La atención a los padres tiende a concentrarse en las mañanas, y la coordinación docente se adapta mal al ritmo de las reuniones con horario muy marcado, mientras que se han perdido espacios y tiempos informales que surgían en los poros de la anterior jornada, más espaciada. La formación continua del profesorado es más practicable para muchos, pero no ha aumentado, ya que no dependía de esto.

La vida familiar, en fin, ha ganado calidad allá donde había una familia dispuesta a recibir a los niños a mediodía, pero ha ganado un problema donde los horarios familiares no lo permiten y las extraescolares o los comedores han entrado en crisis, lo que no es común. Los niños tienen que levantarse más temprano, pero no parece que se acuesten antes y, si lo hacen, es a costa de uno de los pocos ratos en los que es más probable que toda la familia esté en el hogar.

¿A quién interesa la jornada matinal?

El cambio de jornada tiene su apoyo en dos grupos que pesan mucho cuantitativa y, más aún, cualitativamente. De un lado están las clases medias funcionales

(profesionales, técnicos, funcionarios, oficinistas...) que dan gran importancia a complementar el programa de estudios básicos con un conjunto de saberes y capacidades complementarias: lenguas extranjeras, informática, música, actividades deportivas más sofisticadas... Estos grupos valoran enormemente la educación y ven en ella lo mejor y lo único que pueden dejar a sus hijos, y lo consiguen a partir de dos opciones básicas: una se la ofrece la enseñanza concertada en forma de *pack*, o *lote*, poniendo en marcha en sus centros tantos servicios y actividades como quieran y puedan pagar, a mejor precio que en la calle porque asumen la gestión y por las economías que genera el uso intensivo de los centros, y quizá coordinados con la enseñanza obligatoria; otra la organizan ellos mismos en forma de *mix*, combinando por cuenta propia la enseñanza pública con actividades seleccionadas entre la amplia oferta de la ciudad y tratando de unir lo mejor de dos mundos.

Del otro lado está el profesorado, que, comprensiblemente interesado en la concentración horaria, se ha prevalido de su posición profesional para imponer, promover o, cuando menos, avalar su reivindicación por los padres, atribuyéndole unas excelencias que no estaba ni está en condiciones de demostrar y que contradicen lo que sabemos al respecto, que es poco pero es algo más que nada. El gran error de los procesos desarrollados en otras comunidades autónomas y, en general, de someter este asunto a un mecanismo de decisión colectiva, es que hay un grupo que es a la vez *juez y parte*, y ambas cosas con mucha intensidad, pues goza de un gran ascendente profesional ante los padres a la vez que está dispuesto a defender por todos los medios sus reivindicaciones. A la larga y en el fondo, se ha hecho un flaco favor a la profesionalidad docente.

La víctima de este proceso son los sectores sociales en los que se concentran mayores déficits económicos y culturales en relación con lo que la escuela requiere. Por una parte, ya tienen dificultades con la dosificación del esfuerzo en la jornada partida y las van a ver aumentar, lógicamente, con la jornada de sesión única, de ritmo más acuciante. Por otro, carecen de medios económicos para llegar más allá de la escasamente atractiva oferta de actividades y servicios que pueda darse en los centros, y los poderes públicos no pueden financiar ilimitadamente actividades que, a fin de cuentas, son complementarias y voluntarias. Además, hay una triste ironía en exigir a las autoridades que financien actividades *de lujo* (en el sentido de que requieren un alto dominio del núcleo o, al contrario, porque son más o menos laterales) para sectores que

pueden necesitar un refuerzo (incluido horario) en materias básicas, antes que cualquier otra cosa, algo que casi nadie contempla.